
El dilema de la integración iberoamericana

Hace menos de una década se cumplía uno de los acontecimientos raigales del mundo hispánico: el milenario de Castilla. También el de la lengua castellana, que tuvo su punto de partida en un hecho aparentemente más insignificante y anónimo que el de Colón: un texto muy breve de 43 palabras del año 977, el primero que se conoce en castellano, parte de las glosas emilianenses, debido a uno de los monjes escribas del monasterio de San Millán de la Cogolla, en Logroño¹. Admirables 43 palabras de tan modesto origen que dieron nacimiento a una lengua como parida por la escritura, a la inversa de lo que ha ocurrido con la mayor parte de las lenguas del mundo. Lengua admirable hablada hoy por 300 millones de seres humanos, luego de ser el vehículo verbal del Descubrimiento. También en 1492, Antonio de Nebrija publica la primera *Gramática Castellana* en honor a Isabel la Católica. El mismo año en que los moros son vencidos en la guerra de la Reconquista que dura casi ocho siglos desde Covadonga a Granada, y a lo largo de los cuales van surgiendo los reinos principales de España como los núcleos activos de esta lucha de liberación.

He aquí algunas de las sorprendentes simetrías que a veces dibuja la historia. Pero, ¿es siempre fortuito el entrelazamiento de los hechos fundacionales? En este mágico tejido en que el azar y la necesidad mezclan o alternan sus agujas es donde podemos contemplar, no tanto, quizá, las inciertas imágenes del pasado, pero sí las del presente e intuir con bastante nitidez las del futuro.

En este marco rico en connotaciones, el quinto centenario del descubrimiento de América adquiere una significación singular: la de ser el recordatorio de un hecho sin parangón en los anales de este milenario. «Al entrar en la última vuelta del camino de este siglo —advierte con lucidez S. M. el Rey Don Juan Carlos I—, en los umbrales de una etapa decisiva para la humanidad, la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento no se presenta sólo como una efemérides solemne y petrificada, en sí importante, en su estricto marco del pasado, sino también como una catapulta en clave de futuro.»

No es sólo, efectivamente, una fecha propicia para las conmemoraciones que exalten el espíritu de unidad en el contexto de las identidades, del entrecruzamiento de lenguas y culturas de nuestros países. Lo es también para la activación de los movimientos de ideas y opiniones que promuevan el todavía difuso proyecto de unificación e integración del desarticulado mundo iberoamericano en una comunidad orgánica de naciones. La celebración del V Centenario va unida así al esclarecimiento —en su doble acepción de clarificación y ennoblecimiento— de este concepto

¹ V. *El castellano en América*, Marcos A. Morínigo, El Correo de la Unesco, París, agosto-septiembre, 1977.

maltrecho y como trascordado de la unidad como comunidad de pueblos de un mismo origen; situación cuya penosa evidencia se manifiesta en el desconocimiento mutuo de las historias de cada parte.

Pero las historias no son sólo el pasado «documentalizado» con mayor o menor erudición por la historiografía. Los hechos históricos no están sólo en los documentos ni reflejan únicamente su veracidad en las interpretaciones tejidas en el marco de la hermenéutica. Los hechos fundacionales viven sobre todo en la memoria colectiva; son claves genéticas de sus identidades reflejadas a través de su comportamiento; identidades que sólo se revelan en lucha contra los infortunios y las vicisitudes en busca de su genuina expresión individual y colectiva. La que a su vez hace surgir, indefectiblemente, en los momentos de crisis o desfallecimiento, a los dirigentes naturales de verdadero peso moral, de voluntad visionaria y al mismo tiempo pragmática, compenetrados, consubstanciados, con la naturaleza de sus colectividades y la fuerza dinámica de su destino histórico.

En esta época, en la que hemos llegado a un punto límite, el discurso histórico no puede ser, no es ya, únicamente, un saber. Es sobre todo una ética del conocimiento histórico. Ella exige, a su vez, un comportamiento justo y solidario a los miembros de una comunidad forjada por la historia que les es también común. Y estas comunidades deben unirse y actuar juntas en lo mejor de sus genuinas potencias o virtualidades para hacer sentir su presencia mediadora y conciliadora en un mundo al parecer condenado por la violencia que genera el enfrentamiento de las potencias hegemónicas por el dominio del mundo. Pero, para ello, los destinos de la comunidad iberoamericana —gran parte de cuyos componentes sufren dependencia— no pueden quedar expuestos a los albuces del mero realismo político corto de miras, de imaginación y creatividad; menos aún a las presiones y extorsiones de los *grandes*.

«Estamos en el fin de una civilización y en uno de sus confines» —suele decir Ernesto Sábato con aterradora simplicidad. Y lo que el escritor argentino expresa angustiado con respecto a su país puede aplicarse al conjunto de países iberoamericanos situados todos en uno de estos confines del mundo: en el vasto confín del Tercer Mundo. O en otras palabras, como lo expresó y definió certeramente Arturo Uslar-Pietri: «Esto que algunos llaman la América Latina pertenece a la civilización occidental, pero de una manera peculiar. No es la continuación de la cultura de un país europeo, menos aún la de culturas indígenas o africanas. Es, más que otra cosa, una mutación de occidente, la abierta y viva frontera de occidente con lo que ahora se llama el Tercer Mundo, que puede hablar desde una situación única con ese mundo conflictivo y también con Occidente.»

Por todo ello, la conmemoración del Descubrimiento —el acontecimiento más importante en los fastos de este milenario por sus consecuencias de alcance universal— va unida necesariamente a la toma de conciencia crítica de los hechos que forjaron la unidad del mundo iberoamericano —la península ibérica y Latinoamérica—, en su doble vertiente hispánica y lusitana. El proyecto de integración del disperso mundo iberoamericano sobre los denominadores comunes de identidad y destino —concepto abstractos y discutibles en sí mismos si no funcionan en la práctica— es una empresa cada vez más urgente en la situación de la mencionada

dominación hegemónica bipolar que cubre directa o indirectamente todo el haz del planeta.

Estos denominadores comunes son ricos precisamente por su diversidad multirracial, multicultural, material y social; en algunos casos por su antagonismo, pero siempre por su necesaria, en el sentido de ineluctable, fuerza de convocatoria.

España sabe mucho de esto. Sufrió, impuso, aprendió, a lo largo de su historia, innumerables y decisivas experiencias. No trepidó en llevarlas a sus más extremos límites en su lucha por mantener incólumes su independencia, su soberanía, su cohesión y unidad en la diversidad de sus pueblos y regiones, de sus culturas y lenguas en torno al núcleo aglutinante de la nación estado. Creación política original, la primera en su género, que España, las Españas, ofrecieron a Europa en el lapso que va de Alfonso el Sabio a los Reyes Católicos bajo cuyas coronas culminó la unidad nacional.

A la luz de estos signos precursores, Cristóbal Colón descubre América. La circunstancia de que no lo supiera a su arribo a la pequeña isla de Guanahaní no invalida en modo alguno el hecho de que allí comenzaba el descubrimiento. Y esto sucede en coincidencia con la liberación definitiva de España de la dominación del Islam en la lucha varias veces secular de la Reconquista. Lo que significó para ella no sólo la emancipación de un poder dominador sino también su renacimiento como nación doblemente enriquecida por este triunfo con el aporte de la cultura árabe y, a través de ella, con el legado del mundo helenístico en cuyo ámbito el imperio islámico había instaurado su centro.

En otra escala, en otro sentido y con diferentes magnitudes en la dimensión del tiempo histórico, esto es también lo que iba a acontecer en el mundo recién descubierto a lo largo de un proceso cinco veces secular. De tal suerte que la culminación del acontecimiento inaugural, luego de los cinco capítulos centrales, *Descubrimiento, Conquista, Colonia, Emancipación, Reconciliación*, va a constituir en sus correlaciones necesarias y graduales la superior dimensión de una etapa de síntesis: la *Integración*. Ella se inscribe en la necesidad de vivir la historia hacia el futuro. Lo que significa regir la historia y construir con sus eventos una trama coherente y perfectible, no dejarse arrastrar por ella como por una obnubilación en marcha, según alegorizó alguien; sobre todo cuando el alucinante laberinto de la historia pesa como una amenaza mortal sobre todos y cada uno de los habitantes del planeta.

He aquí el dilema de la integración iberoamericana: anclar en la pesada y negativa inercia de los hechos del pasado. Lo que significa someter el destino de nuestros pueblos al determinismo de esa obnubilación en marcha», y restar, por tanto, su imprescindible concurso al equilibrio del mundo contemporáneo. O como lo observa con la fuerza y la serenidad de su convicción el Rey Don Juan Carlos: dinamizar el destino creador del continente a través de sus hechos trascendentales iniciados por el Descubrimiento como una catapulta en clave de futuro. La consideración de España democrática como compañera de las naciones americanas en un gran proyecto de convivencia, tales son los conceptos fundadores, en las palabras del Rey, de la integración, no como un mero diseño retórico de circunstancias sino como la efectiva posibilidad de su realización. Reconocimiento que trasciende también de las palabras del presidente del Gobierno español: «La visión utópica de quienes acogieron los